

za». Este planteamiento antirousseauiano de la vuelta naturalista a la naturaleza, la fórmula positivista que acuña Zola, sirve de guía para caracterizar el «ojo inocente», que pinta la naturaleza sin convenciones ni retórica, que ve la realidad y la representa de acuerdo como la ve, que sólo atiende a sus impresiones, como el órgano cuyo conocimiento ha hecho posible la ciencia. La cuestión de cómo rehacer «el ojo natural» (Jules Laforgue) cambia el color de las paletas.

Los avances de la óptica fisiológica acuden a auxiliar al principio de progreso artístico. En ella se apoyan el impresionismo y sus críticos. Y, del mismo modo que el saber sobre el funcionamiento del ojo forma una nueva conciencia pictórica, también compite con los requisitos de la creación artística y propicia una compleja secuencia de relaciones y recepciones diversas, cuyos depósitos efectivos son los cuadros de una soberbia escuela y algunas de las mejores páginas que haya escrito la crítica. El entreverado de esta historia ideal de la recepción se recoge en esta antología, cuyo trazado es un arco que va del fisiologismo a la teoría del lenguaje pictórico, siguiendo las aportaciones más sugestivas. La utilidad del libro para fines didácticos hace deseable su publicación en un formato más económico del que actualmente tiene.

Javier Arnaldo

El desastre del 98. *J. Calvo Poyato, Barcelona, Plaza & Janés, 1997, 257 págs.*

Libros como el de este sobresaliente estudioso del modernismo son, en verdad, indispensables para la socialización del saber histórico, una de sus dimensiones nucleares, siempre que ello no signifique hipoteca alguna sobre su cultivo especializado, esto es: que la divulgación —la alta y competente divulgación— no prime sobre las tareas investigadoras. En la avalancha inundatoria sobre el trauma del 98, la obra glosada cobra valor propio —dentro de su carácter ya señalado— por la fuerza de sus materiales, la armonía de su discurso y la finura de sus análisis, que dan como resultado una síntesis muy recomendable para poseer una imagen actualizada y firme de aquel capítulo de nuestra historia contemporánea, a la espera de que su animoso lector —o lectora— se adentre por los rincones de la crisis finisecular con el auxilio de monografías y estudios especializados.

En esencia, éstos le conducirán a la misma conclusión expuesta con nitidez en el libro de Calvo Poyato. Cuando en las maniguas resonó el eco del grito del Bayre, ningún estrato dirigente de la Gran Antilla podía albergar duda de que un régimen de autonomía profunda y sincera era ya el único medio para que la isla permaneciera vinculada a España. La propia experiencia de las metrópolis hispanoportuguesas

con sus antiguos territorios ultramarinos convertidos en repúblicas independientes –Brasil adoptará tal sistema, como es bien sabido, en 1889– y la del otro gran imperio –el británico– con el Canadá –asociado a la Corona inglesa en régimen de Commonwealth en 1867– hacía ver con patencia que tal era la senda exclusiva para recorrer si no se quería llegar a la separación.

Los intereses de la oligarquía cubana, muy ramificados en la península hicieron, sin embargo, naufragar uno tras otro los desesperados esfuerzos de algunos gobernantes –muy en primer lugar, Antonio Maura– para llevar a puerto dicha empresa, postrera opción para un Estado que había ido ciega y desmañadamente demorando *sine die* soluciones de envergadura para un porvenir de seguro perfil.

Claro es que también existieron otras fuerzas en el desarrollo de la crisis cubana –la porción de un libro, que, como es lógico, reconstruye igualmente los jalones de la filipina–; pero fueron estos factores económico-sociales los que prevalecieron en aquella ocasión sobre cualesquiera otros. Conforme tantas veces ocurriera en nuestra historia, una pétrea reacción, maquillada oportunísticamente con tintes conservadores, impuso su miopía e insensibilidad a la hora de responder a un problema generado por ella en buena parte. Y como también sucediera tantas otras veces en el pasado español, la derecha ideológica

entonaría, grave y dignamente, el *requiem* por un imperio.

Los apéndices son muy atinados y ajustada la bibliografía.

José Manuel Cuenca Toribio

La recepción de James Joyce en la prensa española (1921-1976). *Carlos Santa Cecilia, Universidad de Sevilla, 1997, 348 pp.*

Joyce fue temprana e ilustremente leído en los medios literarios de la lengua española. Baste recordar que entre sus primeros lectores y comentaristas figuran Ortega y Gasset, Borges y Marichalar. Antes de la publicación de *Ulises* y a la vez que ocurría la decisiva novedad, se fue dando razón y noticia de la deriva joyceana en el mundo: ¿impostura o genialidad, novedad o disparate, obra inicial o final? Los gallegos vindicaron su estirpe celta; los católicos liberales, su peculiar manera de ser católicos o, por mejor decir, litúrgico y eclesial; las vanguardias lo tomaron como fetiche.

Santa Cecilia, con admirable paciencia hemerográfica, va siguiendo el rastro joyceano en la prensa española y halla que, no obstante las abundantísimas menciones, sólo se registra un estudio en forma de libro, el de Domingo García Sabell (1968) y que una influencia estrictamente literaria de Joyce en la técnica narrativa española se apunta muy tardíamente, en los años setenta, y

más bien impulsada por la renovación de estilos y procedimientos proveniente de Hispanoamérica. No deja de tener curiosa tonalidad la arremetida coetánea de Juan Benet contra el hiperrealismo de Joyce, justamente el punto en que Ortega encontraba crítico y límite al escritor irlandés: exacerbar el realismo hasta reducirlo al absurdo es una manera de acabar con él.

El trabajo de Santa Cecilia es un cumplidísimo recorrido documental por el tema, que obliga a una periodización y una clasificación de materiales, de modo que pueda estructurarse una historia de la recepción joyceana en nuestra lengua, al tiempo que se razona la historia literaria misma de este período. Si no todas las referencias tienen la misma calidad y comparable interés, como es previsible, en todos los casos sí aportan datos indiciarios sobre la imaginación de la crítica y el cribado público lector con que contó Joyce entre nosotros.

Conversaciones con Kafka, *Gustav Janouch*, traducción de Rosa Sala, Destino, Barcelona, 1997, 350 págs.

Janouch (1903-1968) tuvo una existencia más bien kafkiana: su padre se suicidó, él participó en la Resistencia y fue encarcelado por sus compañeros comunistas, quedó viudo y su hija murió en plena niñez. A los veintiún años perdió a

su padre natural, con quien tenía malas relaciones, y a su padre simbólico y efectivo, Franz Kafka. Curioso remate de una historia en la cual Kafka, según sabemos, se enfrentaba con un padre insustituible, con el cual no podía identificarse ni aspirar a heredarlo. La literatura fue su figura paterna, seguramente más poderosa que cualquier papá meramente anecdótico.

En este libro, precisamente, se advierte el poder paterno de Kafka atestado por Janouch, quien fue recogiendo dichos y paseos del escritor, al cual trató casi diariamente durante unos años de su juventud, acaso los únicos «verdaderos» de su vida. Lo llama «doctor Kafka» y transcribe desde la más trivial y sobada opinión hasta la más sutil reflexión de una mente poderosa, madura, aforística y dotada de talento poético, como para convertir su saber en buena prosa.

Janouch, seguramente, se queda fuera de la mayor parte de ese territorio inagotable, pero le cabe el incansable mérito de haberlo explorado con devoción y cierto temor reverencial, dejándonos el testimonio de un Kafka atento a la minucia de la historia y, a la vez, a las recaídas de los asuntos circulares, míticos y trágicos de la condición humana. Se retrata en su discurso como el hombre desarraigado de todo lugar (no tiene casa propia), de toda lengua (escribe en alemán porque no sabe hebreo ni checo), de todo género, hasta de toda edad,

pues nada nos dice de su vida íntima. Hay una antropología en la palabra kafkiana, desde luego: la identidad humana se dibuja en el espejo de la tragedia cuando todo ha terminado en la vida del sujeto. Una antropología que surge de la necesidad religiosa de una mentalidad severamente laica, en la cual lo sagrado es la vida misma como existencia: la verdad y el tiempo —el de la vida cotidiana— son misterios y, a la vez, evidencias. Toda una fórmula poética que encierra el mundo pesadillesco de Kafka, ese hombre que no podía contar sus sueños.

Janouch confiesa no poder leer los libros de Kafka. Cabe sospechar que, para kafkiano, le bastaba con su propia vida y para literatura kafkiana, lo que su memoria recuerda haber oído de aquel sombrío y amable abogado de una sociedad de seguros praguense.

Palomar, *Italo Calvino, traducción de Aurora Bernárdez, Siruela, Madrid, 1997, 108 págs.*

Repaso y despedida narrativa de Calvino, el personaje de Palomar (no casualmente, como apunta expresamente el autor, nombre de un observatorio astronómico, argentino como la hormiga calviniana) es el perfil de escasos trazados en tinta del narrador que suele hacerse cargo de sus historias: un mirón sereno y perplejo, consciente de su tenue herramienta racional, pero apasio-

nado por su dimensión cósmica, un enamorado de la novedad cotidiana, un curioso en el doble sentido de la palabra, o sea: alguien que se fascina por la rareza y que no se detiene ante lo oculto.

Cuento y reflexión filosófica, pensamiento anecdótico, mínimo acontecer y *minima moralia*, Palomar nos devuelve a una de las querencias fuertes de Calvino: la novela filosófica del siglo XVIII, una irónica consideración de este mundo que se quiere armonioso como la razón sueña que es, y que permanece disperso en sus incontables dimensiones de incógnita. Mundo solitario y astral, a la vez que poblado de gentes, animales grandes y pequeños, vegetales gigantescos o microscópicos. Palomar recorre la naturaleza y, a distancia, observa a su vecindario, y al final de su parábola (la textual) advierte que ha ido, inopinadamente, aprendiendo a morir, a ese no ser sin posibilidades que sigue a la muerte y que es el armonioso equivalente del no ser prenatal, el haz complejo de nuestras virtualidades, o sea nuestras virtudes y sus hermanos, nuestros vicios.

Vida, aventuras y muerte de Don Juan, *Giovanni Macchia, traducción de Mar García Lozano, Tecnos, Madrid, 1998, 334 págs.*

Macchia es uno de los más conocidos estudiosos de las letras francesas en Italia y, lentamente, sus libros